Lunes 17.10.22
IDEAL

El magisterio de Juan Ramón Jiménez

ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS
Catedrático Emérito de la Universidad de Granada

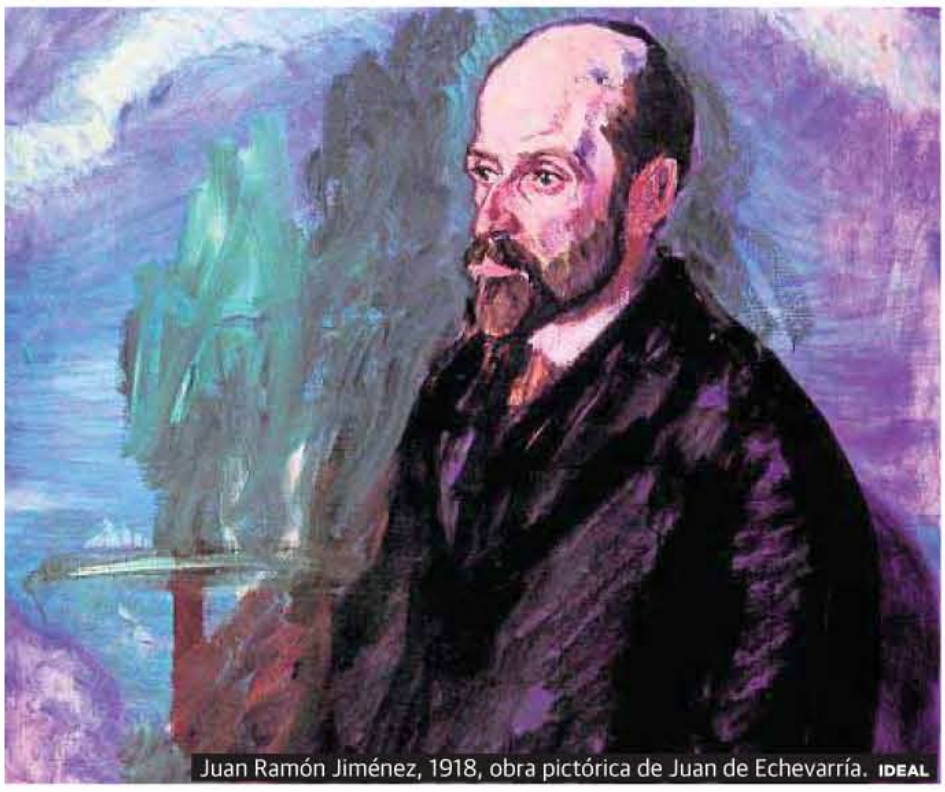
Parece que todavía corre en algunos ambientes que el Premio Nobel se lo concedieron a Juan Ramón y en cierto modo también a algunos poetas de la llamada 'generación del 27', con mención expresa de ello en el comunicado oficial

Me cuentan que en una pequeña pero prestigiosa universidad norteamericana del medio oeste se han celebrado unos coloquios con el tema 'Un siglo de poesía española (1922-2022)', en una de cuyas sesiones surgió una gran polémica a propósito del magisterio de Juan Ramón Jiménez y las razones aludidas por la Academia Sueca para darle el Premio Nobel en 1956; recordemos que el primer y escueto comunicado a la prensa decía así: «Por su obra lírica que en la lengua española constituye un modelo de alta espiritualidad y pureza artística». (La candidatura compitió aquel año con la de don Ramón Menéndez Pidal, que de salida contaba con más apoyos institucionales y aún mundiales).

A tenor de lo que me relatan de esa cita universitaria, parece que todavía corre en algunos ambientes la especie de que el Premio Nobel se lo concedieron a Juan Ramón y en cierto modo también a algunos poetas de la llamada 'generación del 27', con mención expresa de ello –se dice– en el comunicado oficial. Más de una vez he tenido que discutir absurdamente sobre la cuestión con algunos profesores recalcitrantes, pocos, que me han obligado a rebuscar el texto académico de concesión, que no siempre tenía a mano. Pero ahora desde hace algunos años contamos con una investigación completísima sobre todo el proceso, configuración, concesión, recepción y estela que dejó la feliz y justa decisión de la Academia Sueca en beneficio del poeta de Moguer, memoria rigurosa y muy viva debida a Alfonso Alegre: 'Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel'. Madrid, 2008.

Ahí entre el cúmulo de manifestaciones de esos días se constata que el secretario de la Academia Anders Österling, que había defendido la candidatura de Menéndez Pidal, manifestó por radio que «Jiménez representa la más alta tradición lírica española y por eso distinguirle a él con el Premio Nobel es honrar igualmente a Antonio Machado y García Lorca», una matizada opinión personal que incluía a dos poetas trágicamente desaparecidos. El mismo Juan Ramón en una entrevista había afirmado generosamente: «Es una pena que la Academia Sueca dejase morir a Unamuno, Antonio Machado y Ortega sin concederles el Nobel».

Pero donde está la clave aclaratoria del asunto es en el discurso pronunciado en el acto de entrega del Premio, en el que el académico y poeta sueco Hjalmar Gullberg, en nombre de la Academia, justificaba oficialmente la decisión de la Corporación,



Juan Ramón Jiménez, 1918, obra pictórica de Juan de Echevarría. IDEAL

y ahí es donde aparece la mención a cuatro poetas del grupo nombrado: «Rafael Alberti, Jorge Guillén, Pedro Salinas y otros que han escrito sus nombres en la reciente historia de la poesía española han sido sus discípulos; Federico García Lorca es también uno de ellos, lo mismo que los poetas hispanoamericanos, con Gabriela Mistral a la cabeza»; mención que evidentemente no venía sino a reiterar y apuntalar el magisterio del poeta de 'Eternidades', cuya candidatura él había defendido en su momento.

La cuestión, pues, debería quedar ya zanjada para no repetir discusiones absurdas, aunque siempre he tenido claro que las dudas sobre el tema las dejan caer los que con mayor o menor finura siguen poniendo en entredicho la grandeza literaria del poeta de Moguer, unos para favorecer a Machado frente a Jiménez y otros para desfavorecerlo frente a los llamados del 27. Sirva al respecto como ejemplo refinado de lo que digo la célebre 'Antología de la poesía española' de Castellet, de la que siempre he señalado tanto su negativo rechazo histórico de la poesía pura como sus muchos méritos positivos.

Tengo en mis manos, querido lector, el volumen de Alfonso Alegre y no puedo dejar de hablar de un documento que me concierne. Cuando el investigador estaba trabajando en una ajustada selección publicable de las más de mil cartas recibidas en los días del premio, me solicitó autorización para recoger en su libro una carta de felicitación, y pésame (por la muerte de Zenobia), enviada al poeta de 'Ninfeas' desde Málaga por mi padre, Salvador Sánchez Taboadela, el 15 de noviembre de 1956, hecho que yo recordaba muy, pero que muy vagamente (tenía entonces 13 años). En esas cuartillas el remitente se presentaba como hijo del poeta malagueño José Sánchez Rodríguez, con quien –le recordaba– el poeta premiado había formado una unidad fraternal en los años de la juventud modernista; de los cuatro párrafos de que consta la carta recojo el párrafo central: «Por ello, una vez que han transcurrido los días y su espíritu habrá entrado en zona más tranquila después de las dos enormes emociones sufridas, quiero manifestar a usted en nombre de los míos y en el propio, el sentido pesar por la irreparable pérdida de su amantísima esposa y la más afectuosa enhorabuena por la merecida distinción del Premio Nobel que ha recibido como homenaje a su incansable labor lírica».

Una sorpresa para mí que se conservase este documento entre el inmenso material epistolar que se acumula en la Sala 'Zenobia y Juan Ramón' de la Universidad de Puerto Rico, donde en varias ocasiones había estado trabajando en mis temas juanramonianos; allí precisamente tuve ocasión de conversar largo y tendido con don Jaime Benítez, que, además de ser muy buen amigo de Francisco Ayala y contarme anécdotas muy sabrosas de aquellos años, como rector en los años cincuenta fue designado por Juan Ramón para recoger el Premio en Estocolmo.